A Matilde Moreno

la artista genial cuyo arte admirable ha sabido encarnar con vida y pasión altamente humanas el espíritu de la heroína de esta obra; con la admiración y el reconocimiento inexpresables de Eloy de Silva

EL ECO

Queda hecho el depósito que marca la ley.

EL ECO

DRAMA

en tres actos y en prosa

DE

RAMON GOY DE SILVA

Estrenado en el TEATRO ESPAÑOL el 6 de Marzo de 1913



MADRID
R. VELASCO, IMPRESOR, MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.º
Teléfono número 551

1913

A mi venerado y glorioso maestro

Don Benito Pérez Galdós.

Goy de Silva.

DRAMATIS PERSONAE

ELENA (Condesa de Anceis)..........	Matilde Moreno.
MAGDALENA.........................	Luisa Calderón.
LEONOR (Marquesa de Almenaras)....	Concepción Villar.
ANDREA (doncella de Elena).........	Elisa Méndez.
ALVARO (Conde de Anceis)..........	Jaime Borrás.
JORGE............................	José Calle.
PEDRO (criado de confianza de Alvaro).	Sr. Lorigados.
CRIADO..........................	Sr. Calvo.

Otros criados

La acción en una aldea de Galicia, en nuestra época

AUTOCRÍTICA

Sr. D. Ricardo J. Catarineu.

Mi muy querido amigo: Quisiera corresponder á la amable invitación de usted con una autocrítica interesante; pero ¿qué podré decir de mi obra en estos momentos de ocupación y de preocupación ante el peligro próximo? Estas cuartillas deben estar en poder de usted dentro de breves instantes, y apenas tengo tiempo para escribir dos palabras.

No he tenido que devanarme los sesos para hacer mi obra, porque la misma vida me la ha dado ya hecha, y sólo he sido un copista, más ó menos fiel y hábil, de la realidad.

Es una tragedia íntima, pasional, sin tesis ni simbolismo, sobre cuyos personajes la fatalidad inexorable pesa con todo su rigor, obedeciendo á la ley misteriosa del Destino. Ha ocurrido en nuestros tiempos; pero pudo suceder en cualquier época. En el propio lugar de los hechos, allá en una aldea de Galicia, dentro de los mismos muros de un viejo palacio abandonado, me fué referida esta historia, hace ya tres años, por una voz conmovida, trémula, espantada aún al recuerdo de los acontecimientos funestos.

Todo mi trabajo se reduce, pues, á llevar á la escena un drama familiar, respetando las leyes de nuestra técnica teatral; pero con cierta independencia de acción y evitando, aun con perjuicio del éxito, los efectismos.

No quiero buscar un triunfo fácil siguiendo cómodamente cualquiera de los caminos que otros autores, más avezados, autorizados y expertos que yo, se han abierto con su propio esfuerzo, y he preferido afrontar el peligro internándome por sendas escabrosas, con el único propósito de hallar un «nuevo punto de vista», que es, creo yo, á lo único que se puede aspirar, lo mismo en el mundo pasional que en el mundo artístico, donde todos los horizontes están ya descubiertos.

No vengo al teatro con una obra definitiva, no; es sólo una obra más con mayor ó menor interés y emoción que otras. Pero no quisiera que el público y la crítica, al juzgarme, tuviesen en cuenta para nada mi carácter de autor novel, ventajoso á las consideraciones y á las disculpas. Tengo fe en la imparcialidad y en la justicia de ambos, y eso me basta para esperar serenamente el veredicto.

Los personajes de El eco viven en un ambiente de claroscuro, apartados del mundo y rodeados de contraste. Elena, la condesa de Anceis, es víctima de su propio destino, como Alvaro, su marido, es un verdugo inconsciente. Ella, como Desdémona, está predestinada al sacrificio: pero no son aquí las fuerzas pasionales de la envidia y los celos, el odio y el amor quienes la arrastran, sino aquella misma fatalidad que impulsó al protagonista de un cuento de *Las mil y una noches* á hundir un arma en el corazón amigo.

Sobre los caracteres sombríos de este drama hay uno, todo frivolidad y luz trivial, que es como una nota de color en un ambiente de sombra y de tristeza... Pero yo no debo hacer la exégesis de mi obra.

No puedo terminar estas impresiones sin manifestar la gratitud que debo á mi amado y glorioso maestro D. Benito Pérez Galdós; pero esto no puede decirse debidamente en dos palabras.

Goy de Silva.

(Publicada en *La Correspondencia de España,* el 5 de Marzo de 1913.)

De entre todos los comentarios conque la crítica me ha honrado al ocuparse de El eco, me permito reproducir á continuación algunos párrafos que completan la impresión que no pude exponer entera en mi *Autocrítica* por falta material de tiempo.

El autor.

....

El eco es un caso interesantísimo que, según confesión de su autor, conoció en la misma vida, y que sólo ha tenido el trabajo de transplantar á la escena. Toda la obra, que aparentemente se desliza sin ruido, sin estri-

dencias pasionales, es de una dolorosa desolación, de una amargura callada, velada de brumas, como la nieve que corona las montañas entre las que se alza el caserón de las anchas estancias, frías y abandonadas, donde la condesa de Anceis, segunda mujer de Alvaro, sufre el calvario de una vida de soledad y de dolor, vida de martirio que no merece, porque es buena y tiene un espíritu delicado y amplio.

Del matrimonio de los condes de Anceis no ha nacido la compenetración y el mutuo cariño. Elena ama á Alvaro con devoción de mujer virtuosa; pero el conde siente hacia ella una repulsión invencible.

Murió «la otra», la mujer del amor primero, el mismo amor hecho realidad, y en el alma de Alvaro, en su corazón, deshecho por la tragedia de la muerte, se secó el manantial generoso del cariño... El conde, hosco, sombrío, no vive sino para el recuerdo; él mismo no es sino un recuerdo, una sombra, el espectro de un hombre que se hundió en el abismo negro de la renunciación, y cuya vida no es sino el culto místico al ídolo perdido. Elena es una extraña en aquella casa, cuyas piedras grises, sombrías también, como el alma del aristócrata, guardan en cada una de sus hendiduras recuerdos de la otra.

Todo el ambiente está impregnado de su aroma, de la caricia de sus risas, y acaso en las solitarias habitaciones del palacio guardan las silenciosas alfombras la huella de su pie.

Su retrato domina desde el lienzo la vida de Alvaro y ahoga antes de florecer la alegría de Elena, que por rara coincidencia, con ser en todo diferente de la muerta,

tiene «su voz»... Por eso, cuando en el bellísimo final del primer acto llega á la lejana aldea Jorge, el amigo de Alvaro, el hermano, el fidelísimo, la voz de Elena, que canta un «lied» romántico, conmueve hasta las fibras más recónditas del alma del que vuelve. Es el eco de lo que fué, la sombra de la otra á la que dió el Destino, que, como en las tragedias griegas, preside implacable el desarrollo de la comedia, el mismo timbre de la voz amada.

Dije el Destino porque su intervención muda es la obra entera. Por eso Jorge, el fiel amigo, otra sombra dolorosa, amó con la ceguera de Alvaro á la muerta y traicionó, arrastrado por un ciego cariño, el sagrado de de una amistad fraterna. Lo supo la vieja señora de la casa, que vigiló la infancia de Alvaro, la madre de adopción, qne arroja al rostro de Jorge todo el horror del pasado, censurándole el engaño en que vive el atormentado Alvaro, devoto de un falso ídolo, al que inmola la víctima sin culpa.

Y hace el Destino que Elena descubra el secreto, y es entonces cuando estalla en ella, desbordada, intensísima, el ansia de ser la esposa, la compañera, destruyendo la creencia injusta en la indigna rival.

Pero las manos de Alvaro caen sobre el cuello de la desventurada en el instante mismo en que «su voz», el «eco», dice la confesión de la falta de la otra...

Este es en síntesis el asunto de EL ECO, drama íntimo, desolado tristísimo, y en el que todo, los hombres y las cosas, almas y piedras, la ventana que mira hacia la montaña, el hogar donde los leños chisporrotean, el antiguo piano, que duerme en el silencio de sus te-

clas amarillentas, hablan al espíritu, comunicando una emoción punzante é inquietadora.

. . . .

Jesús J. Gabaldón.

(*España Nueva*, 7 de Marzo de 1913.)

* * *

. . . .

No era lógica lo que pretendía, cuando sobraban las exploraciones y los procesos. Simples las almas, diáfano y único el estado pasional, la catástrofe obedecería á determinismos lejanos é inexorables. El protagonista, personaje invisible, se acusaría en la acción con el arma inquietante de la casualidad sobrada de poder para mandar en los acontecimientos. El, el Destino, era el que ponía idénticas vibraciones argentinas en la laringe de la segunda esposa del sombrío conde de Anceis para que evocase en la voz de la viva á la muerta inolvidable: el Destino era el que hacía saber á la pobre mujer preterida en sus derechos cordiales el adulterio de la muy venerada; el Destino era el que la obligaba á referir con las mismas cálidas modulaciones de la impura, el nefando crimen ignorado; el Destino, en fin, era quien crispaba los dedos del prócer sobre la bella garganta denunciadora, acallando el «eco» para siempre.

. . . .

José Alsina.

(*Mundo Gráfico*, 19 de Marzo de 1913.)

* * *

. . . .

Sería inoportuno intentar un juicio de este drama dentro de las pautas ordinarias. Lo que en El eco haya de fundamental para la emoción habremos de buscarlo en un ambiente que parece invadir el alma misma de los condes de Anceis, para someterlos al rigor de sus mandatos. Más que la callada tormenta íntima de Alvaro, más que el hosco desamparo sentido por Elena, han de estremecernos los muros del viejo palacio señorial y los anchos salones tristes y fríos como tumbas, y las largas galerías donde los retratos parecerán revivir con el silencio para contarse quedamente las risas y las lágrimas que á través de los siglos fueron formando la tradición familiar. Los antepasados, ciertamente, son los habitantes por derecho del vetusto caserón noble, que llevará diariamente á los campesinos el recuerdo indefinido y atávico de los antiguos dolores de su servidumbre. Sombras los antepasados, sombras estos condes de Anceis, este Alvaro y esta Elena, enterrados para el mundo, y sombra dominadora aquella muerta inolvidable cuyo eco persiste como un recuerdo y una condenación. Y constantemente, la presencia del Destino, indiferente é inexorable, como centro de los sucesos y de los pensamientos.

¿No es cierto, según eso, que las figuras principales, las de Alvaro y Elena, no podrán interesarnos por sí mismas, sabiendo que obedecen á determinismos lejanos que les son completamente extraños? El autor se ha adelantado á decirnos que el episodio dramático ocurrió, y que se produjo allá, en una región de nuestro país, rodeado de las mismas circunstancias de me-

dio y de las mismas sentencias de fatalidad con que nos le presenta. ¿Por qué no aceptarlo, para preocuparnos de la relación libresca posible, de las aproximaciones ó de las influencias? En la obra no hay nada ultranatural que venga á sorprendernos. Lo que vemos tiene condiciones de verosimilitud, aceptada la Casualidad, que, al fin, no es más que el arma visible del Destino. ¿Cómo no ha de tener reminiscencias obra que hace de tal personaje centro de la acción, pretendiendo mezclar clásicos sedimentos con las inquietudes supersensibles de nuestros días? La cuna y la madurez de la tragedia. Atengámonos al propósito y respetemos de buen grado la explicación del dramaturgo, desentendiéndonos de brumas que nos parecen trasplantadas, teniendo en cuenta la idea primordial y común que enlaza las escenas. No vamos á exigir exploraciones felices; demasiado sabemos que solamente se nos invitará á asomarnos un momento en el Misterio.

El primer acto nos ofrece la sensación total perseguida. Es un acto considerable, severamente lógico, sin precipitaciones ni esclavitudes. Alvaro, el conde de Anceis, se despide de Elena, su mujer, para recibir á su fiel amigo Jorge, que llega de viaje á instalarse con ellos. Si el prócer nos ha inquietado, por la amarga expresión de su actitud y de sus palabras, la condesa, á su vez, contribuye á deprimirnos con aquella angustia que nos revela, como si los paredones del palacio gravitasen cruelmente sobre su pobre cuerpo prisionero. En el amplio cuarto, testigo hosco de su soledad, se destaca en lugar visible el retrato de una mujer. Es *¡la otra!*, la muerta, cuyo puesto ha creído heredar Ele-

na, y que, no obstante, parece llamarla intrusa desde el lienzo. Siente una evidente hostilidad en cuanto la rodea, en los muebles, en las alfombras, en el aire mismo que respira allí dentro. Todo parece acusarla de un delito ignorado, y sabe que las mismas caricias del conde parecen buscar la correspondencia de otros brazos que no son los suyos, sino los que no pueden ya extenderse, los de *¡la otra!*, en realidad. Allá fuera cae la nieve, y dentro hiela, aunque los leños ardan, porque en el corazón de aquella mujer hay escalofríos irreprimibles. De pronto, conocedora de los gustos del conde, se dispone á cantar al piano, y cuando el marido llegue en unión del viajero, los dos se detendrán para escuchar. «¿No es su voz misma la de ella? ¿No es el «eco?», ha dicho el conde conmovido. Y la voz de la cantante continúa, yendo á morir á lo largo de los corredores desiertos.

Alvaro no se ha casado la segunda vez con una mujer, sino con el «eco» de la que fué para él todo pureza y todo amor. Hay allí algo, sin embargo, que no acaba de exteriorizarse y parece burlarse de aquella fiera adoración irreductible. Cuando lo sospechado aparece, el Destino semeja reirse de Alvaro y de nosotros con una feroz mueca sarcástica. ¡La excelsa había delinquido, y de su delito era cómplice Jorge, el hermano, el amigo fidelísimo, único en el afecto del traicionado! ¿No sería la noticia para Elena una reivindicación absoluta y triunfal? Dejaría de ser «eco» de la impura para establecer altivamente sus preeminencias de mujer y de esposa. Y la noticia llega á ella. Y ella, la desdeñada, no puede contenerla, dejando que una vez se desborde,

que llegue á sus labios el secreto, para que salga con las mismas modulaciones de la muerta, como si el «eco» fuera la propia confesión. Alvaro tiene que acallar esta vez la inflexión terrible que hiere sus oídos como una maza, y, enloquecido, ahoga aquel «eco», pero ahogando á Elena con él. ¡Ahora sí que correrá por el palacio deshabitado y mudo, con un horroroso silencio de acusación!

....

José Alsina

(*El País*, 7 de Marzo de 1913).



....

En la encantadora autocrítica de El eco, publicada en este periódico, Ramón Goy de Silva nos ha referido, con adorable ingenuidad, cómo esta concepción dramática de ahora no es fruto exclusivo de su propia inventiva; sino él se ha limitado á dar forma escénica á un relato que allá en un rincón de Galicia le hicieron. Tiene, pues, fundamento sólido en la realidad. No estamos autorizados, por lo tanto, á venir nuevamente con las consabidas monsergas de la *falsedad* y la *inverosimilitud*. No hay por qué buscar tampoco antecedentes librescos, y sería en vano que recordáramos cómo Alfonso Daudet, Maupassant, Marco Praga y otros insignes escritores idearon conflictos dramáticos semejantes.

La Rebeca de *Rosmersholm*, del inmortal Ibsen, sintió también las mismas zozobras que la segunda condesa de Anceis en El eco. Pero ni con éstos ni con otros dra-

mas he de establecer la menor relación entre ellos y El eco, toda vez que Goy de Silva no ha derivado su inspiración de lecturas sugeridoras, sino del incomparable libro de la vida, que diariamente nos ofrece en los hechos reales más poesía y embrollo que en todo su caudal imaginativo y novelesco fueron jamás capaces de atesorar los escritores.

No se trata sólo en el drama de Goy de Silva del descubrimiento de un delito amoroso después de morir la enamorada. El marido, fiel al culto de la mujer primera, elige á la segunda mujer únicamente por su parecido con aquella.

La condesa viva es solamente el *eco* de la condesa muerta. Pero esta insostenible situación de Alvaro y su nueva esposa no puede durar mucho. Al fin el velo del secreto se rompe. Elena, que siente en su amor y en su alma fuerzas para ser una mujer virtuosa, que merezca por entero el amor del marido, no puede resignarse á verse suplantada por el recuerdo de la muerta engañosa. La explicación entre el matrimonio ya era inaplazable y ha llegado. Elena acusa á su antecesora; Alvaro, bajo la obsesión religiosa que le abruma, se niega á dar crédito á la terrible revelación.

En un rapto, indignado ante la supuesta calumnia contra su ídolo, da muerte á Elena, fatalmente sentenciada, como Desdémona—Goy de Silva bellamente lo ha dicho—á morir inocente.

. . . .

Caramanchel

(La Correspondencia de España.)

ACTO PRIMERO

Una sala en el «pazo» solariego de los condes de Anceis. Muebles severos y antiguos, y en el testero, sobre el amplio sofá del estrado, en el puesto de honor, entre los venerables retratos de abolengo, se destaca uno moderno, de mujer joven y bella, obra al óleo de un artista contemporáneo y célebre: el retrato de Ana, la primera mujer de Alvaro el actual conde de Anceis.

Hay puertas laterales, ocultas por pesadas cortinas blasonadas, que comunican con otras dependencias. Al fondo, hacia la derecha, una puerta ojival, con las hojas cerradas, y hacia la izquierda, un mirador de cristales que da á un paisaje nevado, de horizonte brumoso. Entre este mirador y la puerta hay un vargueño y un retrato antiguo. Frente al sofá, en el otro lienzo de pared, se ve un espejo grande, sobre una chimenea encendida.—Anochece.

ESCENA PRIMERA

ELENA y ALVARO

Elena está sentada en una butaca, ante el mirador; tiene un libro abierto, entre las manos, pero no lee en él y parece absorta en la contemplación de la nieve que forma á lo lejos, fuera de la extensa zona del parque, como una gran llanura blanca y desolada á la que pone límite una cordillera de montañas lejanas. Se levanta á poco y avanza con lentitud hasta el centro de la estancia; deja el libro sobre una mesa y mira, instintivamente, al retrato de Ana, por unos instantes, examinándolo con atención; luego se vuelve, sin moverse casi, hacia el espejo y se contempla á sí misma, como comparando su propia imagen con la imagen del cuadro. Estando así, y sin que ella lo note, se alza, á su espalda, el cortinón de la segunda puerta á la izquierda y aparece Alvaro, envuelto en un abrigo de pieles y la cabeza descubierta. El la contempla un momento y luego, en voz queda, la llama

Alv. Elena.

Elena (Volviéndose sorprendida.) ¡Ah!... ¿Vas á salir?

Alv. (Avanzando unos pasos, le da á leer un telegrama.) Mira quién llega.

Elena (Después de leer el parte, en tono indiferente.) ¿Jorge?... ¿Tu amigo? ..

Alv. Es como un hermano... Hazte cuenta de que es un hermano nuestro que llega. No lo esperaba tan pronto, pero no me sorprende. El sabe que viene á su propia casa... Ya he

mandado preparar su habitación y voy ahora á buscarle... llegará en el tren próximo... estaremos aquí dentro de media hora... Recíbelo como á un hermano... ¿Y Leonor, no vino aún? Quisiera que estuviese aquí también, para cuando él llegue.

Elena Que vaya Pedro á buscarla.

Alv. No, Pedro viene ahora conmigo... que vaya otro criado.

Elena ¿Seremos hoy cinco á la mesa?

Alv. Cinco. Ya tienes compañía, quizás para el resto del invierno. Ya no te aburrirás con este nuevo amigo que viene de recorrer medio mundo y ha de contarnos cosas muy interesantes...

Elena ¡Conque tú estés más distraído, más contento!...

Alv. Sí, me alegra mucho esta visita... Es mi único amigo, Elena..., mi mayor afecto, y deseo vivamente que simpaticéis... que seáis como buenos hermanos...

Elena Tengo que vestirme, porque aun siendo de confianza... la primera comida en nuestra casa...

Alv. ¡Oh, por él no!... Más bien por Leonor... Ya sabes cómo es ella, con sus costumbres británicas... vendrá como para un banquete... Pero tú puedes ponerte sencilla...

Elena ¿No te parece bien colocar su retrato por aquí?

Alv. ¿Qué retrato?

Elena El de él... tu amigo...

Alv. ¡Tienes razón!... Es una delicadeza... ¿Y dónde he puesto yo su último retrato?

Elena ¿Uno en que está á caballo?

Alv. No, uno de busto.

Elena Me parece que está en el album.

Alv. ¿Y el ecuestre?...

Elena (Yendo hacia el vargueño.) Lo he visto el otro día aquí, en uno de estos cajones, al buscar uno de los míos para enseñárselo á tu hermana. (Registrando en los departamentos del mueble.) Aquí está.

Alv. Este es. (Colocándolo sobre la chimenea.) Aquí, ¿no te parece?... (Viendo que Elena examina otro retrato, sin prestarle atención.) ¿Qué miras?

Elena (Fingiendo indiferencia.) Nada, este grupo... no lo había visto nunca...

Alv. ¿Cuál? (Va hacia ella, que le muestra la fotografía en cuestión.) ¡Ah, sí!... ¿No conoces este paisaje?... es de aquí... ¿Salió bien, verdad?... Hice yo mismo la instantánea, hace ya tres años... Todas las tardes, en aquél tiempo, íbamos los tres á dar nuestro paseo por el lago... Yo los retraté en la barca, desde la orilla... Cuando venga el buen tiempo, ya verás, haremos lo mismo. ¡Parecerá que el pasado vuelve con toda su alegría!... (Dice estas palabras con la mirada fija en el retrato de Ana, como si fuese á aquella imagen, y no á Elena, á quien hablase.)

Elena (Repitiendo como un eco, fija la vista en el paisaje nevado.) Cuando venga el buen tiempo...

Alv. (Que ha guardado la fotografía, en uno de sus bolsillos, mirando al reloj de la chimenea.) Ya es tarde, no tengo más que unos minutos... Manda aviso á Leonor en seguida... (Hace ademán de salir, pero se detiene al ver llegar al Criado.)

ESCENA II

ELENA, ALVARO, el CRIADO y LEONOR después de ser anunciada

Criado (Por la izquierda.) La señora Marquesa...

Alv. (Yendo apresuradamente hacia la puerta donde está el Criado sosteniendo alzado el cortinón, para dejar paso.) Ibamos á enviarte un recado.

(Entra Leonor, muy abrigada, con una elegante capa de pieles y una toquilla de encaje blanco á la cabeza.)

Leonor (En tono alegre.) ¿Un recado dices?... ¿Qué pasa?... ¿Hay novedad? ¡Cuando os digo que tenéis que transigir con el progreso é instalar el teléfono en vuestro viejo hogar, aunque sea una profanación!... (Besando á Elena efusivamente.) ¿Qué ocurre?

Alv. Elena te contará... Yo tengo que salir á escape... Hasta ahora... (Al criado, yendo hacia la puerta.) ¿Están los caballos?... (Salen Alvaro y el criado.)

ESCENA III

ELENA y LEONOR

Leonor (Despojándose de la toquilla.) ¡A ver, hija mía, entérame, que estoy impaciente!...

Elena (Cogiendo de sobre la mesa el telegrama y entregándoselo.) Lee.

Leonor (Después de leer el telegrama dos veces, mira en silencio á Elena y vuelve á leerlo una tercera vez.) ¿Pero viene aquí, á vuestra casa?

Elena (Sorprendida de su acento.) ¿Por qué te extraña?

Leonor (Dejando el telegrama sobre la mesa y queriendo disimular sus impresiones.) ¡No, no... si no me extraña!... No me extraña... (Hay un silencio embarazoso.)

Elena ¿Tú le conoces mucho?

Leonor ¡Figúrate!... Amigo de mi hermano, desde niños... Los dos se educaron en el mismo colegio, con los frailes...

Elena Alvaro parece muy contento de su llegada... Ya viste qué alegre... Hacía mucho tiempo que no estaba de tan buen humor... Dice que es como su hermano, su mejor amigo, y desea que simpaticemos, que yo esté contenta... ¡Hasta se interesa por mí, cuando ya creía que me aborrecía! (Dice estas frases casi burlona, con cierta ironía amarga.)

Leonor ¡Elena!

Elena Sí, sí, Leonor... había llegado á figurármelo. Pero parece que me engañé. En fin, más vale así... no hablemos ahora de eso. ¿No te quitas el abrigo?... ¡Qué nevada!

Leonor ¡Preciosa!... He venido á pie, del brazo de mi doncella y de mi jardinero... con los pies metidos en unas zuecas enormes... ¡Si me vieran así en Madrid! No hay nada como el campo para estas libertades. Algunas veces hubiera ido al teatro del mismo modo, cuanuna gran nevada nos impide usar el coche. ¡Hacía dos años que no veía nieve!

Elena Yo me pasé toda la tarde ahí sentada, viendo nevar... Antes me gustaba eso mucho; pero esta tarde me he puesto muy triste... he pensado no sé cuantas cosas...

Leonor ¿Por qué no me enviaste aviso?... ¡Esto de empeñarse en no poner un teléfono!... Con los Wilson, los ingleses... me comunico á cada instante... ¡Si es muy cómodo y muy divertido!... Y entre nosotros, como familia, mayor motivo... Viviríamos más unidos...

Elena ¡Ya conoces á tu hermano!... ¿Estuviste sola?...

Leonor No; fueron los Wilson á acompañarme á tomar el té... Ha llegado Fanny, la chica menor, del colegio de Brighton, para pasar la Cuaresma... *¡Beautiful girl!... ¡Very beautiful!...*

Elena Es una gente muy agradable.

Leonor Encantadora... y luego ella, Lady Isabel;

¡qué mujer tan extraña y qué simpática al mismo tiempo!...

Elena Debió ser muy bella...

Leonor ¡Y qué elegante!... Es una mujer exquisita, extraordinaria...

Elena Debe sufrir... no sé por qué... debe sufrir moralmente... rara vez se ríe.

Leonor Sí, yo sé por qué... Preocupaciones económicas... Han hipotecado hasta su castillo de Irlanda... Están aquí como en un destierro voluntario... ¡Es una tragedia, hija mía!...

Elena ¡Es horrible!...

Leonor Gracias á una pensión que les pasa el hermano de lord Wilson... Unas mil libras esterlinas al año pueden sostener su casa con decoro, ¡pero en la más estricta economía!...

Elena ¿Mil libras, y aquí?... ¡Ya pueden!...

Leonor ¡Oh, un lord!...

Elena ¿Pero no tienen nada?...

Leonor Nada... La esperanza de alguna herencia en perspectiva, únicamente... Me lo dijo la hermana...

Elena Es una pena...

Leonor ¡Eso sí, viven con un orden admirable!... La otra noche comí con ellos... La mesa como para un festín, y no lo digo por los manjares... Ellos muy vestidos... La comida un poquito frugal... ¡pero tan bien presentada!... Sólo se notaba algo la ausencia de criados; uno nada más... Las mismas chicas iban al aparador á buscar algún cubierto, y hasta la

misma Lady Wilson se levantó más de una vez para llevarle al perro un platito de dulce... ¡Pero todo ello con tanta naturalidad, con tanta gracia!... Los platos de postre estaban algo desconchados... casi toda la vajilla descabalada y hasta las servilletas, algunas eran de té... Ausencia absoluta de vinos... Limonada á todo pasto... En los entremeses: rodajas de pepino y granos de maíz asados... Pero todo ello con tanta naturalidad, con tanta gracia... todo tan *chic*... ¡era un encanto!...

Elena ¿No te quitas el abrigo?...

Leonor ¡Es verdad! ¡Y eso que aquí hace calor!

Elena (La ayuda á despojarse del abrigo y tira del cordón de la campanilla.) ¡Andrea!... (Va á la puerta de la derecha y vuelve á llamar.) ¡Andrea!... (Esta aparece por la segunda puerta á la derecha.)

ESCENA IV

ELENA, LEONOR y ANDREA

Elena Llévese esto. (Andrea coge la capa de Leonor y se dispone á salir.) ¡Ah!... ¿Ya saben ustedes que hay que poner un cubierto más?

And. Sí, señorita... El señor ya dió las órdenes.

Elena Bien. Espéreme en mi gabinete para vestirme. (Vase Andrea.)

Leonor ¿Qué tal se porta esta muchacha? Ya veo

que está más civilizada... hasta se peina mejor...

Elena Es buena chica... una sobrina de Pedro.

Leonor No se cómo puedes arreglarte con esta gente. Mi doncella es de Madrid y apenas me satisface... ¡eso sí, me peina á mi gusto!

Elena (Reparando en el traje de Leonor.) Vienes muy elegante.

Leonor (Sonriendo, complacida.) ¡Muy elegante, no!

Elena Ya veo que el campo no altera nada tus costumbres.

Leonor Hija mía, aquí en confianza... los años pasan y yo temo mucho la decadencia... el único medio de combatirla es á fuerza de cuidados en nuestra persona... no ir nunca á la penúltima moda. De nada sirven belleza, juventud, distinción, sin los buenos trapos. ¡Hoy es todo! Si Shakespeare hubiera escrito el *Hamlet* en nuestros tiempos, no hubiera dicho solamente: *¡Palabras, palabras, palabras!*

Elena ¡Qué ideas!

Leonor Las que privan. ¡Al fin es una defensa para los que envejecemos! Ahora debo preocuparme más que nunca, y si me descuidase tendría que arrinconarme en mi quinta de esta aldea y no volver á Madrid, que sería tanto como enterrarme viva.

Elena ¡Oh, tu vejez está todavía lejos! Más que los mismos años nos envejece el carácter, el humor, y, por esta parte, tu eres la mujer más joven que conozco.

Leonor Pero no creas que no lucho... lucho con el tiempo y lo venzo, lo domino, lo encierro... lo encierro verdaderamente en mi corsé. Aquí, en mi corsé, está el tiempo aprisionado y no lo dejo asomarse á la cara por nada del mundo... se vengaría delatándome. ¡Todavía me defiendo de las patas de gallo!

Elena Eres feliz.

Leonor ¿Y tú, por qué no?... ¿Qué te falta? Te preocupas demasiado de Alvaro, con sus rarezas... te sometes demasiado á sus costumbres tiránicas. ¡Esta manera absurda de vivir, tan fuera de nuestro siglo!

Elena ¡Qué he de hacer!

Leonor No resignarte á vegetar en este rincón, pasando entre estas viejas paredes lo mejor de tu vida. . ¡eso es infame! Hija, te has casado con un loco; pero tú eres más loca aún en no rebelarte.

Elena ¡Rebelarse! (Con un encogimiento de hombros.)

Leonor Hazme caso á mí. Toma el matrimonio como un medio, no como un fin de la vida. El único fin, ya sabes... y cuando uno se ha muerto se acabó todo.

Elena ¡Por Dios, tú eres cristiana!...

Leonor Me refiero á este mundo. Diviértete en él todo lo que puedas... y ya que tienes la suerte de no tener hijos...

Elena ¿Suerte?

Leonor ¡Para mí, sí! Ya que tienes la suerte, digo, aprovéchala y goza de la libertad que esa

falta de cuidados puede proporcionarte. ¿Por qué no viajáis?

Elena ¿Yo sola? El se empeña en no salir de aquí. ¡Parece que está resuelto á pasar aquí toda la vida!...

Leonor ¿Y tú, tan conforme?

Elena En cualquier otro lugar sería yo feliz, viviendo sola con él... Pero aquí, ¡qué sé yo!... hay sombras enemigas que nos separan... que me quitan toda tranquilidad, hasta el sueño.

Leonor ¡Malo, malo! El insomnio es una cosa que debe combatirse á toda costa. No hay nada que perjudique tanto. Yo antes, al acostarme, me mojaba todas las noches la nuca con una esponja empapada en agua fría y no tardaba dos segundos en quedarme dormida...

Elena ¿Y cuando tienes una gran preocupación, una gran pena?...

Leonor ¡Mayor pena que la muerte de mi pobre marido que en gloria esté! Tú no puedes figurarte aquellos días de su breve enfermedad, tan funesta... Yo tenía preparada una *toilette* fantástica para un baile de la embajada alemana... Una creación de *Paquín*, algo sensacional... ¡treinta mil francos en encajes de Inglaterra!... Y un ramo de orquídeas naturales... ¡veinte luises!... ¡Qué inquietud, qué desazón la de aquellos días!... Todas mis amigas á la expectativa... Y llega la noche

misma de la fiesta y, precisamente, la crisis fatal... ¡pobre Gonzalo!... Y yo vestida, vestida completamente.. ¡con el coche á la puerta desde las cinco de la tarde!... ¡Y tener que desnudarme, y tener que renunciar á todo... y tener que llorar... ¡Ay, fué el mayor disgusto de mi vida!...

Elena ¡Pobre Leonor! .. ¡No dormirías nada aquella noche!

Leonor ¡A la verdad, no lo recuerdo!

Elena Es seguro que no.

Leonor ¡Qué año de luto pasé!... ¡Qué mes de misas gregorianas!

Elena Lo comprendo.

Leonor Fué la época tremenda de mis luchas contra el insomnio.

Elena Lo comprendo.

Leonor ¡Ay, Elena!... Algunos dirán que es egoísmo; pero no es verdad... es cuestión de carácter... de temperamento... Nuestros pensamientos, más que los mismos hechos, aumentan ó alivian nuestras desgracias.

Elena Comprendo.

Leonor Mi hermano, en cambio, ¡qué distinto á mí!

Elena ¡Qué distinto!

Leonor ¡Así está él!... ¡con el pelo cano y unas patas de gallo!... Nadie cree que es unos años más joven que yo.

Elena Nueve.

Leonor ¿Nueve? No lo sé á punto fijo... él fué el último hermano... Y tú, no lo niegues, no eres nada feliz con él...

Elena Nadie es completamente feliz. El, como yo... Pero la culpa no es de ninguno... ó es de ambos quizás...

Leonor (Indicando el retrato de Ana.) Esa, en cambio, fué más afortunada...

Elena (Con la voz ligeramente temblorosa.) ¿Por qué?...

Leonor Dicen que Ana hacía lo que quería de él; sabía atraerle. Tú tienes demasiado amor propio... La muerte de ella le trastornó el juicio.

Elena (Conteniendo apenas su emoción; tomando entre las suyas una mano de Leonor.) Dime, Leonor, ¿eran muy felices?... ¿se amaban?...

Leonor ¿Cómo explicártelo?... «Abelardo y Eloisa».. «Romeo y Julieta»... «Los amantes de Teruel»... ¿comprendes?... Eran algo así.. algo que sólo se ve en novelas y romances.

Elena Pero él sobrevivió... ¿cómo pudo volver á casarse?

Leonor Eso nos preguntamos todos entonces. Todos creíamos que habría que enterrarlos juntos, en un mismo ataud, ó que él iría á un manicomio... Suponte luego nuestro asombro cuando, aún no pasados dos años, nos anunció su nueva boda contigo. Era necesario que te amase más aún que á ella para que su recuerdo fuese olvidado así.

Elena ¿Y ella era buena, buena verdaderamente, tan buena como dicen, tan digna del amor que él la profesaba?

Leonor Yo no la conocí personalmente. Se casaron en mi época de viajes, y cuando yo volví

aquí ya había muerto. Pero todos dicen que era una santa. No hay más que ver esa imagen, reflejo de bondad, para convencerse... esa mirada tan pura, esa sonrisa tan dulce y franca y esa frente tan casta.

Elena ¿Y ella sería así?

Leonor Dicen que aun era mucho más bella... Pero tú no tienes que envidiar nada... tú también eres muy hermosa y tienes la mirada y la sonrisa dulces.

Elena ¡Oh, no nos parecemos nada!... hasta el pelo; ella era rubia.

Leonor Pero bellas las dos, tanto una como otra, aunque distintas.

Elena ¿Verdad que somos muy distintas?

Leonor Dos tipos opuestos; dos bellezas que nada tienen de común. Dicen también que era muy romántica.

Elena ¡Y él la amaba tanto!... ¡y estaría siempre á su lado!... Sé que no se separaban nunca, viajando siempre por ahí... pasaron mucho tiempo en Italia, en un antiguo palacio de Florencia... y que no pisaron esta casa hasta que ella enfermó. Aquí pasó la enfermedad que la llevó á la tumba. Cerca de aquí está enterrada, en el panteón de familia, adonde va él todas las tardes, todas, sin dejar una.

Leonor Duró su matrimonio una luna de miel... La muerte vino á separarlos en pleno idilio. (Con transición.) ¿Pero á qué hablar de estas cosas?

Elena (Reprimiendo la alteración de su voz y el llanto que parecía pronto á desbordarse.) Voy á vestirme en un momento... Debo estar dispuesta para recibir á nuestro huésped.

Leonor ¿Te ayudo?

Elena Gracias, espérame aquí, no tardaré. (Vase por la derecha.)

Leonor (Reteniándola.) ¡Ah! ¿Sabes una cosa?

Elena ¿Qué?

Leonor ¡Importantísima!... Acabo de leerla en el último número de *Femina*... Vuelve la moda de los cabellos empolvados...

Elena ¿Sí?...

Leonor Y creo que también las pelucas.

Elena Te felicito. (Va hacia la puerta.)

Leonor ¡El último grito! Los tintes están ya desacreditados. (Vase Elena.)

ESCENA V

LEONOR y MAGDALENA

Leonor ve alejarse á Elena compasivamente. Después contempla un momento el retrato de Ana, y luego se mira ella misma al espejo y arregla con coquetería los detalles de su tocado. Se abren silenciosamente las hojas de la puerta ojival y aparece Magdalena, vestida de negro, con aspecto grave, muy pálida, y el cabello canoso, recogido con sencillez. Se destaca su figura sobre el fondo claro del comedor, amplia estancia iluminada por cuatro candelabros de plata, dos de los cuales están sobre la chimenea del fondo, ante un espejo,

y los otros dos sobre la mesa, cubierta con manteles. En un ángulo de la sala se ve un piano de cola, y en las paredes tapices con asuntos de caza

Leonor (Al ver á Magdalena, con alegría, yendo hacia ella.) ¡Magdalena!

Mag. ¿Estabas aquí?... (Sonriendo apenas. Habla con parquedad.)

Leonor Acabo de llegar.

Mag. ¡Oh, estás muy desabrigada... es una locura con este tiempo!

Leonor Siempre lo mismo, con tu miedo á las pulmonías... ¡Si está esto como un horno! Casi estoy por abrir una ventana... ¿Y tú, cómo estás de tus achaques?

Mag. Así, así... Este tiempo es desastroso para mi salud.

Leonor Yo, no es el frío lo que más siento; es la soledad... Después de Pascuas me escaparé á la corte. ¡No puedo con este aburrimiento! Gracias á esos ingleses no me he muerto de hastío; porque vosotros, he de confesarlo, no sois muy alegres que digamos... Mi hermano cada día más cartujo... no en vano se educó en un convento, y hubiera hecho mejor en quedarse allí para siempre... Mi cuñada, poco menos que él... Y tú te has vuelto casi una sombra... ¡Es muy divertido! Yo que he prolongado mi estancia aquí este año para haceros compañía, para que el matrimonio no estuviese completamente

solo... ¡También es gusto pasar el invierno en una aldea!

Mag. (Con ironía disimulada.) Tienes razón. No debes mortificarte.

Leonor Veremos ahora si con el nuevo huésped estamos más distraidos.

Mag. (Con extrañeza.) ¿El nuevo huésped?...

Leonor ¿No sabes quién llega? (Magdalena hace un signo negativo.) ¿No sabes nada?

Mag. ¡No sé nada!

Leonor Yo también acabo de enterarme... ¡Jorge... Jorge Guevara! Ahora mismo, en el tren próximo... mi hermano ha ido á esperarle.

Mag. (Muy sorprendida.) ¡Jorge Guevara!

Leonor ¿Qué te pasa?...

Mag. (Sin dar apenas crédito.) ¿Estás segura?

Leonor ¿Cómo segura? Mira este telegrama. (Entregándoselo.)

Mag. (Lo lee con avidez.) ¡Es posible!... (Como para sí. Mira un momento á Leonor fijamente, con expresión de intenso dolor, y la coge las manos muy emocionada.) Leonor, hija mía, permíteme que te hable como lo haría una madre... Casi lo he sido para ti, para tu hermano, á quien vi nacer, á quién cuidé desde la muerte de tu madre... de aquella santa mujer... Yo he sido aquí, en este hogar, como una madre, respetada y querida, y he sufrido todas las tristezas, como he compartido todas las alegrías de la familia. (Hay una pausa breve.)

Leonor (Con ansiedad.) Pero, Magdalena, por Dios, qué pasa!... ¿Por qué hablas así?...

Mag. (Angustiada.) ¡No puedo hablar... no puedo decir ciertas cosas!... ¡Es algo horrible que no puedo decir!

Leonor ¡Ah, no, no! A mí sí puedes decírmelo... debes decírmelo... ¡Habla!

Mag. No, imposible... ¡Pero ese hombre!... ¡Cómo se atreve á volver?... ¡Cómo se atreve!...

Leonor Me volverás loca, Magdalena; explícate... ¿Es algo que ataque al honor de nuestra familia?... ¿Algo cierto sobre aquellos rumores que la maledicencia murmuró en otro tiempo?... ¡Hasta mí llegaron! Pero yo no puedo creer... ¡Oh, solo en pensar que mi hermano!... ¡No, no, debemos callar!

Mag. No sé ciertamente á qué te refieres... Pero yo callaré siempre... ¡Oh, creía que la muerte sellaría para siempre ciertas cosas... Pero no basta, no basta la misma muerte para guardar un secreto! (Se oye la voz de Elena dando una orden á los criados.) Me voy... que no nos vea ella, así...

Leonor Me dejas llena de inquietud... (Magdalena se aleja por el comedor hasta desaparecer por una de las puertas del fondo.)

ESCENA VI

LEONOR y ELENA. A lo último MAGDALENA y un CRIADO

Elena (Vestida con elegancia, pero sin adornos ni joyas, puso en su tocado la mayor discreción posible, huyendo de

los colores vivos. Viendo á Leonor ante las ventanas contemplando el paisaje.) ¿Vienen?

Leonor No veo á nadie. (Sin volverse para ocultar su alteración.)

Elena (Mirando al comedor.) ¿Ya han puesto la mesa? ¿Pero qué hora es?

Leonor Será temprano aún.

Elena (Mirando al reloj de la chimenea.) Aquí son las siete, y el tren llega á las siete menos cuarto... No se tarda á caballo más de diez minutos de la estación aquí.

Leonor Vendrá retrasado. ¡Con tanta nieve!...

Elena No vendrán por el atajo del barranco, á estas horas... sería una imprudencia.

Leonor ¡Mujer, no me asustes! (Un silencio. Elena se sienta con cierto abandono en el sofá.)

Elena (Casi en tono de broma) Le parecerá raro á vuestro amigo esta iluminación antigua... ¡Velas en el siglo veinte!...

Leonor ¡Oh, ya sabe las costumbres de Alvaro!... Conoce mucho este caserón... Claro que eso puede tolerarse solo aquí, en ese antiguo pazo, que parece estar fuera del mundo, y donde se respeta la tradición.

Elena ¡No, si á mí me parece muy bien! Entre estos muebles desentonarían los quinqués, ¡y mucho más las bombillas eléctricas!

Leonor (Volviendo á la sala.) Pero podía transigirse con las imitaciones... hay velas perfectamente imitadas... y ahora que la electricidad ha invadido hasta el último rincón... ¡Es muy

cómodo eso de tener luz á todo momento, en un santiamén!...

Elena Sí...

Leonor Pero mi hermano es así... detesta todo cuanto le recuerda la vida moderna, á pesar de sus ventajas... Hasta en sus viajes, los hacía solo para visitar las ciudades que le recordaban el pasado... En su imaginaclón de soñador, revivían al verlas todas las grandezas caídas, todas las bellezas muertas...

Elena Y eso merece tu ironía.

Leonor No niego que todo eso tiene su encanto. Pero yo prefiero la vida moderna. Por eso levanté el vuelo y edifiqué mi casita nueva con todo el confort y todos los adelantos de nuestro tiempo. ¡Ay, sí! Sacrifiqué á la comodidad la venerable tradición con todo su estilo y todos sus clasicismos.

Elena Eres de tu siglo. Siempre es una ventaja.

Leonor No puedes figurarte lo que me costó hacerle adoptar en el caserón de Madrid las bombillas para las arañas de velas. Al fin cedió, más que por complacerme á mí, por su poquito de temor al ridículo.

Elena Sí, en Madrid eso era ya intolerable. Aquí está en carácter...

Leonor (Reparando en el vestido de Elena.) ¡Estás muy bien!... Pones en tus tocados el justo medio, discreto, que tan bien te sienta. Verdad que aquí todo color saliente desentona. Pero no te sentaría mal en el cuello un hilillo de perlas.

Elena (Con gesto indiferente.) ¡Es lo mismo!

Leonor En perlas debes tener buena colección... creo que eran la pasión de Ana... (Indicando el retrato.) Mira, ese collar fué de mi madre. Todas las condesas de Anceis lo llevaron el día de la boda... Tú has heredado todas sus alhajas, como es tradicional en nuestra familia...

Elena Sí, y las respeto como reliquias.

Leonor Nunca te las pones.

Elena Aun no he tenido ocasión. No salí de aquí desde que me casé.

Leonor No comprendo tu predilección por esa sortija teniendo otras magníficas.

Elena (Mirándose la mano.) ¿No te gusta?

Leonor Soy supersticiosa, y los ópalos me parecen piedras de mal agüero... son como ojos sin mirada...

Elena A mí no... Me recuerdan esas nubes tan bellas que vemos á veces en los crepúsculos... La llevo por él... desde el primer día me pidió que no me la quitase de la mano... Fíjate: es la misma que luce *ella* ahí...

Leonor ¿Estuvisteis disgustados estos días?

Elena ¡Oh, ya pasó!... Hoy mismo nos hablamos como si tal cosa... Tú ya sabes... son sus días de mal humor... sus horas negras... Es algo que le entristece á pesar suyo... algo que él quiere vencer y no puede, y le domina... Esas tristezas repentinas, durante las que guarda un silencio huraño, sombrío...

parece que odia todo cuanto le rodea, y á mí más que á nadie... Huye de todos, de mí, y pasa largas horas arriba encerrado en sus habitaciones... A veces está así durante varios días y oigo sus pasos, aun á las altas horas de la noche, ir de un lado á otro incesantemente como si buscase á alguien... le oigo llamar á alguien con voces ahogadas, con desesperación... y le oigo sollozar... Hay momentos que creo va á volverse loco.

Leonor Antes no era así... aunque nunca fué muy alegre... A mí también, á veces, me parece que está bajo la influencia de un filtro ó de un narcótico... Es por *ella*... La muerte de esa mujer le ha trastornado...

Elena ¡Sí, por ella!... Siempre me habla de ella, de sus costumbres, de sus aventuras en los viajes que hicieron juntos, ¡qué devoción pone en sus palabras!.. Habla de ella como de una santa, como de algo que es digno de vivir en el cielo y aquí en la tierra sobre altares. ¡Oh, si me mirase á la cara cuando me habla así!. Pero no me mira nunca, ¿te fijaste?... Siempre que me habla parece distraído, como absorto en algún pensamiento íntimo... Me oye con la mirada fija en mis manos, en esta sortija... otras veces en ese retrato... Y en los momentos más íntimos, cuando lo creo más fijo en mí, más mío, me oculta el rostro con mis propias manos ó con mis propios cabellos... cubre mi rostro

con mis cabellos, como con un espeso velo, y con voz conmovida, con palabras de extraña exaltación me pide que hable... «Habla, habla», me suplica, y me escucha en silencio; con avidez, como si mi voz conmoviese profundamente su alma, como una voz que llegase de lejos... de otra vida, y le hablase de lo que él ama...

Leonor ¡Es raro... es extraño!

Elena Otras veces, en cambio, me mira á la cara fijamente, intensamente... pero de un modo tan extraviado que me da miedo... Parece que me mira como á un extraño, que no me reconoce, y mientras me escucha oprime entre sus manos mis mejillas, como si yo tuviese puesta una máscara que le irritase y quisiese arrancármela.

Leonor ¡Qué extraño... muy extraño!

Elena Hay una canción que nunca se cansa de oir. Una canción que él prefiere á todas y que es mi recurso para atraerle, cuando se aleja en sus momentos tristes.

Leonor ¿La conozco yo?

Elena Es una canción del país.

Leonor ¿Cuál es? ¿Por qué no la cantas? (Mirando al campo instintivamente.) ¡Allí vienen los jinetes!

Elena ¿Ellos? (Se levanta y va hacia el mirador.)

Leonor Sí, sí... ¡Vienen tan tapados!

Elena Ven, vamos al piano. Quiero que hoy esté alegre. Hagamos como que nos sorprenden.

Leonor Hacen señas... Me parece que nos han visto...

Elena (Cogiéndola de la mano.) Ven, no importa, acompáñame...

(Van al comedor, hacia el piano. Elena busca entre los papeles de música, una partitura que pone en el atril, (1) y Leonor se sienta como para acompañarla. Sale Magdalena, silenciosamente, por la derecha de la primera estancia, las mira un momento, sin ser vista, y luego va al mirador y examina el parque. Por una puerta de la izquierda, aparece un criado con un candelabro de ocho bujias encendidas, que deja sobre la chimenea, y al retirarse, Magdalena le sale al paso y le hace, en voz baja, una pregunta á la que él responde afirmativamente Sale el criado por la izquierda, y Magdalena cierra, sin ruido, las dos hojas de la puerta del comedor y se aleja precipitadamente por donde entró.)

ESCENA VII

ALVARO y JORGE. ELENA y LEONOR á lo último

Entran Alvaro y Jorge por la puerta de la izquierda, con los abrigos puestos todavía

Alv. (Que pasa el primero, teniendo alzado el cortinón.) Pasa. (Entra Jorge. Se oye el canto de Elena, suave, casi recitado.) ¡Escucha!... (Ambos se detienen, conteniendo el aliento.)

---

(1) El autor recomienda la melodía de Lens Viera, titulada «¡á Nenita!»

Jorge (Después de un silencio, quedamente, muy emocionado.) ¡Esa voz!...

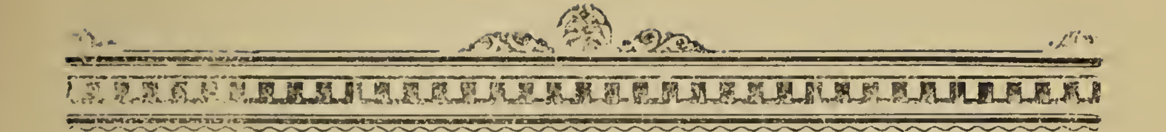
Alv. (Con acento conmovido.) ¿Verdad que es la misma?... ¿que es ella misma?... (Señalando el retrato de Ana.)

Jorge (Con mayor emoción aún, á la vista del cuadro.) ¡Parece un eco!... ¡Es su eco!... (Cesa el canto, y Alvaro abre, de par en par, la puerta del comedor. Elena y Leonor se vuelven como sorprendidas.)

Leonor (Alegremente.) ¡Aquí están, aquí están!... (Es la primera en salirles al encuentro y saluda á Jorge cordialmente.) ¿Escuchábais?...

(Cae el telón con rapídaez.)

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

La misma decoración. Es otra tarde, al obscurecer. La puerta del comedor está cerrada, y la chimenea encendida.

ESCENA PRIMERA

ELENA y MAGDALENA

Elena, vestida de amazona, está poniéndose los guantes en actitud preocupada. Entra Magdalena, por la derecha, con intención de cruzar la sala; Pero al ver á Elena se detiene

Mag. ¿Va usted á salir?
Elena Sí, voy á dar un paseo hasta los pinares.
Mag. ¿Va usted sola?...
Elena Sola.
Mag. ¿Por qué no la acompaña algún criado? ¿Quiere usted que vaya Pedro?

Elena No; puede hacer falta...

Mag. No, no vaya usted sin nadie... están muy malos esos caminos.

Elena Pierda usted cuidado, Magdalena, volveré pronto.

Mag. Y Alvaro, ¿ha salido?

Elena No sé... quizás sí... Todas las tardes, ya sabe usted, van al Monasterio.

Mag. Es por la lámpara del panteón... Su mayor cuidado, que esté siempre encendida... ¡Como si no hubiera allí un guardián!... Pero él no permite á nadie...

Elena (Con leve ironía.) ¡Ah, los muertos pueden descansar tranquilos!... No nacerá todavía la hierba sobre sus sepulcros... La hiedra, en cambio, va apoderándose de estos muros, ¿se ha fijado usted?... ya llega hasta lo más alto del torreón... Pero le da un aspecto pintoresco.

Mag. (Comprendiendo el dolor disimulado de Elena.) ¿Por qué no procura usted convencerle de que deben salir de aquí?... Viajar algún tiempo... mejoraría mucho su salud... sería un gran bien para ustedes...

Elena ¡Ay, Magdalena!... ¿Y cree usted que yo?... A cualquiera haría más caso que á mí... A usted, más que á nadie... y, quizás más que á usted misma, á su amigo... Pero su amigo es como él, armonizan, y no parece menos deseoso que él de vivir aquí.

Mag. ¡El amigo!...

Elena Alvaro parece necesitarlo á su lado Creí, al principio, que su compañía nos uniría más, que traería á esta casa un poco de la alegría del mundo... Pero su presencia aquí no hace más que aumentar el número de sombras.

Mag. Esto no debe seguir así. Yo misma intentaré... Usted sufre... Usted tan merecedora de mejor suerte.

Elena No me quejo de mi suerte, Magdalena... Es por él, que yo vivo preocupada... él es quien necesita de cuidados. Oh, yo sé que todo cuanto hace es á su pesar. Sé que si saliéramos de aquí llegaría á quererme, como antes me quiso sin duda... ¿Por qué, si no, había de hacerme su esposa?

Mag. ¡Oh, sin duda!

Elena Pero creo que hay aquí algo que ejerce una influencia funesta en su espíritu... que entristece su ánimo y ofusca su razón, arrastrándole, en sus momentos de delirio al borde mismo de la locura... ¿Qué fantasmas hay aquí que le atraen de ese modo? ¡Oh, yo no puedo vivir así, tan separada de él, tan alejada de su cariño!...

Mag. Hoy mismo, hoy mismo he de intentarlo... he de hacer lo imposible porque esto termine... Que empiece, para lo sucesivo, una nueva vida...

(Se oye dentro la voz de Leonor.)

ESCENA II

ELENA, MAGDALENA y LEONOR

Leonor (Con traje sastre, de paño oscuro, y sombrero sin adornos.) Ya sé que ibas á salir, he visto á *Babieca,* en el jardín, con tu silla... ¡Y tú, como siempre, sin avisarme! ¿Adónde vas?

Elena Por ahí, una vuelta... Creí que irías hoy también, al monte, con tus amigos, á vuestro alpinismo.

Leonor Hoy, no; pero hemos patinado en el estanque de los Wilson... ¡Me he librado de una catástrofe! (Reparando en Magdalena, la besa, después de besar á Elena.)

Mag. ¡Alguna locura!

Leonor ¡Ah, Magdalena, mujer, no te veía!... ¡Calla, por Dios!... Si ese loco de Harry, el chico mayor, se puso á patear bárbaramente sobre el hielo, y... ¡bien merecido su castigo!... se hundió dándose un chapuzón mayúsculo. ¡Si me descuido, por poco me arrastra!... ¡lo que nos reímos!... hubo que darle fricciones con alcohol... ¿Por qué no vas por allí alguna vez?... Siempre me preguntan por ti... (Habla con locuacidad, agitando un pequeño látigo.)

Elena Iré, cualquier día...

Leonor ¿Y ahora adonde piensas ir?

Elena Por ahí una vuelta...

Leonor ¿Sola?... ¿Sin que ninguno de esos caballeros tenga la galantería?... ¡Ya veo, ya, que el forastero no nos ha traído el sol de otros países!... ¡Hasta parece el más lúgubre!... Pero yo te acompañaré... ¡Lo que es hoy no te escapas!

Elena ¿Traes tu caballo?

Leonor No, el de lady Wilson. Se empeñó en que no había de volver á pie. No me gustan nada los caballos prestados; pero éste es de buena pasta... (Yendo hacia el mirador.) Míralo, alazán puro... adquirido en subasta, de desecho de un regimiento de caballería... Va siempre á paso de carga.

Mag. ¡Por Dios! ¡Cuidado con hacer locuras!

Leonor ¿Y á todo esto, mi hermano que tal está? ¿Sigue con su neurastenia?

Elena Pregúntaselo á Jorge... Ellos se pasan por ahí todo el día... Apenas los veo á la hora de comer.

Leonor ¿Ah, sí? No cabe duda que el huésped es también muy amable. Nada, ¿sabes lo que te propongo?... que vengas conmigo á Madrid á pasar el resto del invierno. Ellos que se queden aquí, si es su gusto. Supongo que tu marido no querrá secuestrarte. La vida ante todo, hija mía, y esto no es vivir. Vámonos cuanto antes. Yo me largo después de la Cuaresma. He echado el ojo á un *auto* magnífico, último modelo... verás los

catálogos. Hay muchas cosas que ver este año... ¡ya verás! ¡Hasta hemos de volar en monoplano!... ¡Hay que vivir! ¿No es verdad, Magdalena?... ¡Anímala!

Mag. Sí, hay que cambiar de vida; pero todos... El también necesita salir de aquí...

Leonor ¡Ah, no! ¡Mi hermano, no! Que vaya él donde quiera; pero que no venga con nosotras, de aguafiestas. Os encerraría allí, en la vieja casona de la calle del Sacramento, y para eso no vale la pena salir de aquí.

Mag. Alvaro está malo, hay que cuidarlo.

Leonor ¡Claro, con la vida que hace! No piensa en nada, no se ocupa de nada... ni siquiera le da ahora por viajar... En lord Wilson, pase el *spleen*... porque, al fin y al cabo, es un hombre que no tiene dinero, y no tiene más remedio que vivir aquí... ¿Pero Alvaro?... ¡es imperdonable! Si él quiere ponerse malo, que no nos ponga á los demás. Mil veces he dicho que habrá que terminar por llevarlo á una casa de salud.

Mag. ¡Jesús, no digas eso! (Salen las tres por la izquierda, Magdalena la última y vuelve á poco sola.)

ESCENA III

MAGDALENA y un CRIADO

Magdalena va al mirador y permanece un rato viéndolas alejarse; luego saluda con la mano y se retira á la sala. Fija un momento en

el retrato de Ana su mirada severa, y después, como á impulso de una idea súbita, va á salir por la derecha; pero se detiene al ver entrar al Criado

Criado Señora... ¿No está aquí la señora condesa?
Mag. Acaba de salir... ¿qué ocurre?
Criado El señor conde viene algo malo.
Mag. (Alarmada.) ¿Malo? ¿En dónde está?
Criado Lo traen entre el señorito Jorge y Pedro. Voy á avivar el fuego de esta chimenea. (Echa en la chimenea algunos leños.)
Mag. (Va llena de inquietud hacia la puerta y pregunta á los que llegan.) ¿Qué tiene?... ¿Qué tiene?
Criado No se asuste usted, doña Magdalena.

ESCENA IV

DICHOS y ALVARO, JORGE y PEDRO

Entra Alvaro por su pie, apoyándose en Jorge; Pedro les sigue

Alv. (Intentando recuperar sus fuerzas.) No es nada, Magdalena. Voy á sentarme junto al fuego... me reanimará...
Mag. (Aproximando un sillón á la chimenea) ¡Ah, otra vez! Es una locura ir con este tiempo al Monasterio... ¡tanta humedad como hay allí y el panteón tan frío!
Alv. (Entrando en reacción.) Ya pasa...
Mag. (A Pedro.) Que hagan en seguida un ponche bien caliente...

Alv. (Reteniéndole.) No, Pedro...

Pedro (Solícito.) Le hará bien, señor, un buen ponche.

Alv. No quiero nada.

Mag. ¿Una taza de té?

Alv. Nada, nada, ahora. Me acostaré pronto... después tomaré cualquier cosa.

Mag. Elena acaba de salir con Leonor. Van á dar un paseo á caballo.

Alv. (Como si no oyese lo que dijo Magdalena.) ¿Y tú, Jorge, estás bien?

Jorge Sí; pero me has dado un susto. En adelante no estaremos allí más que el tiempo preciso.

Alv. Sí, está aquello muy frío. En adelante iremos más abrigados.

Mag. Sí, lo mejor será trasladar allí la casa y dormir sobre las tumbas.

Alv. (Disgustado.) ¡Magdalena! (Hay una pausa. Alvaro hace una seña á los criados y éstos se retiran por la izquierda silenciosamente.)

ESCENA V

MAGDALENA, ALVARO y JORGE

Jorge (Sentándose próximo á Alvaro.) Estás muy delicado; es necesario que te cuides.

Alv. ¡Bah!...

Mag. Elena tampoco está buena... ha desmejorado mucho en poco tiempo... De seguir aquí enfermará; enfermaremos todos...

Alv. Pues dejadme; marchaos adonde gustéis... Yo no os obligo...

Mag. Pero tú, sólo, aquí, Alvaro... eso no es razonable.

Alv. ¿Sólo? ¿Creéis que estaría sólo si me quedase aquí?... ¡Sólo estaría, fuera de aquí, en cualquier parte!... Aquí no, aquí estoy con los que quiero, con los que me han querido siempre.

Mag. (Sin comprender bien.) Sí, hijo mío, y nunca te dejaremos.

Alv. Aquí estoy con mi familia, con los míos... (Señalando á los retratos.) todos esos...

Mag. ¿Y nosotros?... ¿Y tu hermana y tu mujer?

Alv. ¿Mi hermana?... ¡bah!... ¡frívola!... Cualquiera, menos yo, es para ella su familia... y mi mujer, ella... Aquí está... (Mirando al retrato de Ana.) La otra... es una extraña.

Mag. ¡Una extraña!...

Jorge ¡Alvaro!...

Alv. Una extraña, que se aburre en mi compañía.

Mag. ¡Ah, no eres justo! Elena te ama, es buena y sufre porque se siente olvidada, alejada de ti...

Alv. Olvidada, alejada... ¿Pero no comprende? ¿No ha comprendido aún lo que es ella para mí?

Mag. ¿No es tu esposa?

Alv. (Más febrilmente á medida que habla, agitado por una exaltación nerviosa.) ¡No, no! ¿A qué callar más;

á qué disimular; á qué sufrir? ¡Ah, Jorge, tú bien sabes el peso que tengo sobre mi alma; quizás sobre mi conciencia!... Pero tú bien sabes que yo no podía hacer traición á la que he amado, únicamente, siempre, con mayor vehemencia aún, después de la separación fatal... ¡Nuestras almas no se han separado! Y hasta creo que están enterradas juntas, bajo una misma losa. Por eso es, quizás, por lo que yo no puedo separarme de aquí. Aquí está ella, á pesar de la muerte, viva siempre en mi espíritu... Y yo la veo en todas partes; la siento en todas partes. Y, á veces, al cruzar en la oscuridad cualquiera de estas salas, me parece que ella está, como en otro tiempo, esperándome en la sombra, con los brazos abiertos, para sorprenderme y alegrar mi alma con la explosión de sus risas contenidas... ¡Ah, nada ha cambiado en esta casa después de su muerte! Solo esa mujer, que está aquí como una extraña y cuya presencia me es, sin embargo, necesaria.. (En voz más baja.) porque posee su voz... ¡Es por su voz por lo que yo la he traído!... ¡Es tan exacta... es la misma!

Jorge (Como un eco triste.) ¡Es la misma!...

Alv. (Con una repugnancia contenida.) Pero ella me es desconocida, me es odiosa... y hasta hay momentos en los que prefiero no hable, con tal de no mirarla... en los que quisiera que se fuese de aquí, para siempre, aun á costa de

perder esa voz que amo tanto... ¡Y que temo llegar á aborrecer!

Jorge ¡Calla, calla, te exaltas!

Alv. ¡No podré, no podré librarme nunca de esta obsesión. Veo en todas partes su imagen... en todos los espejos...

Jorge ¡Cálmate, Alvaro, cálmate!

Alv. ¡Oh, tú no comprendes lo que es amar así! Haber hallado en nuestra vida, cuando el alma está solitaria; llena de incertidumbre, de preguntas, de deseos... cuando caminamos como ciegos sin guía, hallar de pronto al ser que buscábamos en nuestros sueños .. con todas las bellezas y perfecciones imaginadas. Entonces la vida, que nos parecía un camino vacío, se abre ante nosotros, como la puerta de una prisión que diese á un campo lleno de luz, de paisajes, de horizontes desconocidos.

Jorge (Escuchándole, con la frente apoyada en una mano, oprimiéndola, como si en ella repercutiesen las palabras de Alvaro semejantes á martillazos.) ¡Oh, calla! (Con voz apagada.) Te complaces en atormentarte, renovando esos recuerdos.

Alv. ¿Cómo es posible que la vida sea tan cruel con los seres que parecían creados para gozar de ella eternamente?...

Jorge (Sombríamente como hablándose á sí mismo.) ¡La vida es aún más cruel con los seres cuya existencia, ya sin objeto, prolonga!

Alv. Mi existencia es ahora, sin objeto... Pero yo

estoy fuera del mundo... fuera de sus preocupaciones, de sus luchas... La tierra me parece ya vacía... Estoy aquí, entre estas paredes, como en una tumba, lejos de todo ruido. Yo soy un solitario sin fe, ya, en lo que existe; porque he perdido el amor y estoy aquí como una sombra cautiva, viviendo en el mundo de mis recuerdos y con la esperanza fija en otro mundo que aún no conozco; pero donde me espera lo único que amo.

Mag. ¡Alvaro, por Dios, cálmate!

Alv. Solo su recuerdo calma y alegra mi pensamiento... ¡Ya todo está perdido para mí!...

Jorge No, Alvaro... Estás aún bajo la influencia de un mal sueño, pero no durará... La realidad de la vida ha de imponerse al fin... El olvido cerrará pronto el pasado, y un nuevo amor abrirá para tí puertas que ahora crees cerradas para siempre y que dan paso á una nueva esperanza...

Alv. ¡También tú! Tú no puedes aconsejarme que olvide... Fuiste el testigo de nuestra dicha. Y en la hora terrible de la desgracia has llorado, como yo, lágrimas inconsolables... Tú no puedes hacernos traición, no puedes convertirte ahora en su enemigo.

Jorge (Con voz ahogada.) ¡Oh, calla, calla!

Alv. Mira ese retrato... Parece que su mirada está fija sobre nosotros, infinitamente triste; como un reproche mudo...

Jorge ¡Calla, oh, calla!

Alv. ¡Ah, nada, nada me hará ser infiel á su memoria! (Se levanta agitado, dando algunos pasos vacilantes hacia una puerta de la derecha. Luego recordando que Magdalena está presente, oyéndole silenciosa, se vuelve hacia ella y la llama con voz que procura hacer suave.) Magdalena...

Mag. ¿Qué?...

Alv. Que venga un criado.

Mag. ¿Vas á acostarte?

Alv. Sí...

Mag. (Va á la puerta de la izquierda y llama.) ¡Pedro!... ¡Pedro!

ESCENA VI

DICHOS y PEDRO

Pedro (Entrando.) ¿Señora?

Mag. Acompaña al señor á sus habitaciones.

Alv. (A Jorge, que hace intención de seguirle.) No; tú quédate, quédate...

(Vanse Alvaro y Pedro por la derecha.)

ESCENA VII

MAGDALENA y JORGE

Mag. (Después de un silencio. A Jorge que parece absorto en la contemplación del retrato de Ana.) ¿Mira usted esa imagen, verdad? Pero ya no puede

decirle á usted nada. Yo sí, yo sí tengo que decirle algo que ya no debo callar más tiempo... (Al ver que él la mira atónito y con temor.) ¿Lee usted en mi rostro la verdad?... ¡Me costaría gran trabajo tener que decir claramente ciertas cosas! Pero usted no me obligará á pronunciar ciertas palabras... Usted me comprende bien. (A un movimiento de él.) No, no tema usted que yo descubra un secreto... Ella ha muerto, y somos dos... usted y yo... solos para guardarlo. Pero ha de irse usted de aquí cuanto antes. Porque yo no puedo soportar su presencia y ser su cómplice.

Jorge (Trémulo.) ¿Qué sabe usted? ¿Por qué habla usted así?

Mag. No soy yo la que habla... Son unas cartas que guardo en mi poder desde que una casualidad las puso en mis manos. Y ha sido un bien que fuera yo; yo y no él... ¡Quién sabe entonces lo que hubiera sucedido! (Otra pausa.) Hace un momento, mientras usted le hablaba, he pensado que quizás su conciencia estuviese aconsejándole lo mismo que ahora yo le digo. Que usted debía partir de aquí, á donde no debió volver, á donde no debió venir nunca...

Jorge (Como un eco triste.) Nunca...

Mag. ¡Ah, si su conciencia hubiese hablado alto, hubiera dicho usted á ese hombre que le cree su amigo: «Despierta de ese mal sueño

y olvídala, porque no es digna de que su recuerdo viva en ti; no es digna de que sacrifiques á su recuerdo la felicidad de otra mujer que te ama verdaderamente, que te es fiel y merece tu amor...» ¿Cree usted que aunque la otra... *esa* (Indicando el retrato.) hubiera sido fiel también, y santa, como él la cree, podría sacrificarse á su memoria la vida y la felicidad de esta otra mujer, que se resigna porque tal vez se crea menos merecedora de ser amada por él que aquella cuyo recuerdo respeta? (Un silencio corto.) Pero usted no puede decir nada de eso en voz alta...

Jorge (Casi como una súplica.) ¡Ah, calle usted! ¡Usted no puede conocer ciertas cosas... comprenderlas... disculparlas...

Mag. No, no puedo comprender, no puedo disculpar lo que no tiene excusa ni perdón.

Jorge No pretendo el perdón... ¿para qué? ¿Para qué justificarse? Para comprender y disculpar ciertas faltas en la vida es necesario amar... amar sobre todo prejuicio, sobre todo escrúpulo, sobre todo remordimiento. Amar aun á costa de una traición, del respeto á lo más sagrado... del desprecio y del horror á nosotros mismos... ¡Ah, no podría explicar!... Yo he vuelto aquí arrastrado por un deseo superior á mi voluntad, un deseo vehemente de volver á los lugares donde hemos sido felices, felices verdaderamente, á pesar de una infamia... Vine á renovar

recuerdos que el tiempo iba aletargando en mi razón... á abrir viejas heridas que no deben ser jamás cicatrizadas... á llorar mis lágrimas más amargas sobre una tumba donde está sepultado para siempre lo que más amé... ¡Es mi expiación, mi castigo!... ¡No podría explicar, no podría!... Yo me alejaré, se lo aseguro... Pero necesito llevarme esas cartas... esas pruebas... ¡Que él no sepa nunca!...

Mag. (Viendo llegar á alguien.) ¡Vienen!... (Le impone silencio con un ademán y se aleja por la derecha.)

ESCENA VIII

JORGE y un CRIADO

Entra el Criado por la izquierda con una bandeja de plata, en la que trae una carta

Criado Una carta para el señorito.

Jorge (Mira la letra del sobre con indiferencia y despide al criado con un gesto. Luego, en actitud preocupada, se dirige hacia la puerta del comedor, ante la cual se detiene y contempla el retrato de Ana con mirada profunda. En este momento se abre de par en par la puerta y aparece Elena.)

ESCENA IX

JORGE y ELENA

Jorge (Retrocediendo un paso.) ¡Usted!...

Elena (Inmóvil, en el umbral muy pálida y grave.) Usted ó yo... uno de los dos está demás en esta casa... Yo me voy ahora mismo y no volveré mientras usted permanezca en ella...

Jorge (Con la frente humillada y la voz triste.) Hoy mismo partiré... Esté usted tranquila... (Se aleja silenciosamente por la derecha.)

Elena (Le ve partir, sonriendo amargamente. Luego mira al retrato de Ana y dice con ironía, no exenta de rencor.) ¡Ah... la *santa!* (Telón.)

FIN DEL SEGUNDO ACTO



ACTO TERCERO

La misma estancia del acto primero. La puerta del comedor está cerrada, y por los cristales del mirador entra la luz de la luna que ilumina vagamente la sala. No hay un resto de nieve en el paisaje. En la chimenea arde una llama casi extinta.

ESCENA PRIMERA

MAGDALENA, y á poco ANDREA

Aparece Magdalena por la derecha, y cruza la sala como una sombra hacia el mirador, donde se detiene, examinando el jardín, como si esperase ver llegar á alguien. Entra Andrea, por la izquierda, con una palmatoria encendida

And. ¿Señora?...
Mag. (Volviéndose.) ¿A quién buscas?...
And. ¡Ah! ¿Es usted doña Magdalena?... ¿Y la señorita, aún no vino?...

Mag. Quizás se quede á comer con la señora marquesa...

And. El señor conde dió orden de que se le sirva la comida arriba, cuando vuelva de la estación...

Mag. ¿No duerme hoy aquí el señorito Jorge?...

And. ¡Si acaba de marcharse!... El señor ha ido á acompañarle al tren...

Mag. ¡Ah!...

And. Todos creíamos que pasaría aquí el invierno con los señores...

Mag. Eso pensaba... pero le reclaman sus asuntos... ¿Vas á encender las bujías?...

And. Las de aquí, solo... En el comedor no hace falta...

Mag. Ni aquí... La señora, es probable que no venga... pasará la velada allí... y el señorito subirá á sus habitaciones... Además ya sabe usted que en noches de luna, como esta, le molesta la luz artificial...

And. ¿Entonces no enciendo los candelabros?...

Mag. Uno nada más... Hasta que vengan...

And. (Encendiendo nn candelabro.) ¡Que buena noche! Ya no hay nieve... toda se deshizo, menos en las montañas...

Mag. (Mirando al campo.) ¡Falta hacía!... La nieve, para verla una vez al año... y aun así, al lado de un buen fuego...

And. En cambio hay señoritos que vienen de la ciudad, exprofeso, para correr por ahí, con unos palos muy largos atados á los pies...

¡Algunos llevan cada golpe!... ¡Hay gustos!...

Mag. Ya no saben qué hacer para divertirse...

And. El otro día, esos señoritos ingleses que están pasando el año aquí, fueron al monte en unos cajones sin ruedas, tirados por perros.

Mag. Trineos.

And. ¡Eso! ¡Y qué perros, parecían lobos!... ¡daban miedo! Y había que oir el barullo que hacían todos; los señoritos más aún... parecían divertirse mucho...

Mag. ¿Y no iba con ellos la señora marquesa?

And. ¡La primera!... Era la que más alborotaba. Al bajar una cuesta, el primer cajón que volcó fué el de ella, que iba con el señorito Harry... los dos cayeron rodando por la nieve... ¡yo creí que se habían matado! pero nada, como si tal cosa.

Mag. ¡Siempre la misma, tan feliz!

And. No parece hermana del señor conde... y eso que ella es mayor... ¿Se llevan mucho tiempo?...

Mag. Nueve años... Fueron seis hermanos... Ella, la mayor... la única que se educó fuera, en Inglaterra. Los demás murieron de niños. Y el señor conde, el menor de todos, casi no salió de aquí. Aquí se educó, en el colegio del Monasterio, cuando estaba la comunidad. Siempre fué un carácter muy serio, retraído... pero muy bueno, en el fondo, muy noble...

And. ¿Es verdad que estuvo para hacerse fraile?

Mag. No; en el convento le querían mucho; pero nadie pensó en eso.

And. Está siempre tan triste...

Mag. Sufrió mucho... Tiene poca salud...

And. Con una señora tan buena... ¡Podían ser tan felices... ¿La otra señora, la primera, era así, tan buena?... ¡Si era como parece en los retratos!... ¡qué cara de bondad!... Las dos son á cual más bonitas... ¿Cuál le parece á usted mejor?

Mag. (Como si no la oyese. Mirando al jardín.) Creo que viene alguien... Sí, es ella... la señora... vé á la escalera...

And. ¡En seguida! (Vase apresuradamente por la izquierda, llevando la palmatoria que había dejado sobre la mesa.)

(Magdalena se aparta del mirador y avanza hasta el centro de la sala. Vacila un instante y se dirige hacia la puerta del comedor; pero, dispuesta ya á abrirla, cambia de propósito y va á la puerta de la izquierda, cuyo cortinón levanta, y permanece así un momento, esperando.)

ESCENA II

MAGDALENA, ELENA y ANDREA

Elena (Entrando con cautela.) ¿Es usted, Magdalena?

(Magdalena la coge ambas manos, estrechándoselas en silencio, efusivamente y con emoción.)

And. (Que entra detrás, alumbrando.) ¿Desea algo la señora condesa?

Elena No, puede retirarse.

And. ¿Va á cenar la señora? El señor dió orden de que se le sirva en sus habitaciones.

Elena Está bien. Yo he comido ya con mi hermana. No venga usted hasta que la llame. (Vase Andrea.)

ESCENA III

ANDREA y MAGDALENA

Elena (A media voz.) ¿Dónde está?

Mag. Fué á la estación... á despedirle.

Elena ¡A despedirle!... ¡Ah, si no hubiera venido nunca! Pero no... fué mejor así. Hubiera vivido yo, de otro modo, en el engaño siempre...

Mag. (Con alarma.) ¿Qué sabe usted?

Elena (Tristemente.) Lo que debía saber, Magdalena. Lo que usted sabe también y no quería decirme.

Mag. ¿Y fué él, él quien se atrevió?

Elena No. Fuí yo quien escuchó tras esa puerta.

Mag. ¡Usted escuchaba!

Elena Volvía asustada al saber que él venía enfermo y pude oir sus palabras, que fueron una revelación... ¡Ah, imagínese usted toda mi angustia de verme reducida á una sombra, á un *medium* que él utiliza para comunicarse

con otro espíritu! ¡Ella, á quien yo creía digna de su culto!...

Mag. ¡Dios mío! ¡Si ese hombre no hubiera vuelto nunca!...

Elena ¿Cree usted que no es mejor así? Hasta ahora mi vida aquí era falsa, inexplicable. Ahora que sé la verdad, que conozco las causas y el papel que desempeño, puedo amoldar mi conducta á las circunstancias; puedo quizás lograr lo que de otro modo no conseguiría: ser la verdadera esposa, amada por mí misma y sin que el recuerdo de *la otra* venga á despojarme de mis derechos en este hogar que me pertenece.

Mag. ¡Ah, lo conseguirá, lo conseguirá, sí, usted que es buena, que es honrada!... ¡Usted que verdaderamente lo merece!

Elena ¿Usted me ayudará, verdad? Usted, Magdalena, que es aquí querida y respetada de todos.

Mag. Ya sabe usted cuánto la quiero. A usted como á él, todo el cariño que hubiera profesado á los hijos que hubiera querido tener y no tuve.

Elena (Casi con alegría y esperanza.) ¡Ah, con la ayuda de usted puedo esperar ser todavía dichosa. ¡Vivir en un hogar feliz!... ¡Yo también quiero tener un hijo; un lazo que nos una, á él y á mí, en adelante; un hijo que llene este hogar de alegría y borre toda sombra del pasado!...

Mag. Sí, sí.

Elena ¡Cómo lograría, entonces, romper ese pasado, destruirlo, borrar, ahuyentar de aquí todo recuerdo funesto! (Respirando fuerte.) ¡Me parece que salgo de una prisión, que se ensancha todo en torno mío, que se ilumina todo. ¡Esta noche la luna me parece que inunda de claridad mi casa, mi corazón, la tierra!

Mag. ¡Ah, sí, sí! La felicidad volverá. Háblele usted á él así, con cariño, con confianza. Hable al corazón, sin recelos ni resentimientos, y verá usted cómo él ha de amarla en adelante como usted merece.

Elena Sí, me confiaré á él. Hasta ahora era mi amor propio herido lo que me detenía. Si hubiera sacrificado mi amor propio, hace tiempo que hubiera estado más próxima á él... más dueña. ¡Pero aún es tiempo!

Mag. ¡Oh, sí! ¡Aún es tiempo!

Elena (En voz baja, como temiendo ser oída de otros.) Destruiremos esas cartas, ¿verdad? Esas cartas que usted guarda y que si fuesen descubiertas por otros mancharían este hogar.

Mag. ¡Las cartas!... Esas cartas hace tiempo que están destruídas.

Elena ¿Destruídas?

Mag. ¿Cómo iba yo á conservarlas en mi poder? ¿para qué? Eran pruebas de una culpa que no debía él conocer nunca... las quemé inmediatamente de encontrarlas...

Elena ¿Cómo llegaron á su poder?

Mag. La casualidad. Después que ella murió, en uno de sus vestidos. ¡Quién había de sospecharlo!

Elena ¿Y no habrá alguna más, por ahí, oculta en algún sitio secreto? ¡Hay que buscar! ¡Hay que destruirlas todas!

Mag. Lo he mirado todo... todo lo he registrado; pero no hallé nada más... debían ser las únicas. Y he mentido á Jorge diciéndole que las guardaba en mi poder, para atemorizarle y alejarle de aquí para siempre.

Elena Sí, ya no volverá más y Alvaro ignorará toda su vida este secreto que debe quedar entre nosotras. (Extendiendo una mano hacia el retrato de Ana.) ¡Puedes seguir sonriendo tranquila. Puedes mentirle aún con tu sonrisa y tu mirada que han sabido engañarle. Y mi voz no delatará la tuya. Yo seré en adelante tu cómplice; pero también tu rival... ¡No te acusaré para vencerte!

Mag. (Oyendo unos pasos en la estancia próxima.) ¡Vienen!

Elena ¡El!... ¡es él!... ¡sus pasos! Váyase usted... déjenos solos...

Mag. (Recomendándole prudencia.) ¡Por Dios!... (Vase apresuradamente por la puerta del comedor que deja abierta á su paso, viéndose esta estancia envuelta en la penumbra, alumbrada solo por las grándes manchas de la luz lunar que caen sobre la sombra del suelo al entrar por los ventanales de una galería invisible.)

ESCENA IV

ELENA y ÁLVARO

Entra Alvaro por la izquierda. Elena está sentada en el sofá, casi oculta en la sombra, desde donde le observa. El no la ve y avanza hacia el comedor, cuya puerta del fondo abre, viéndose la prolongación de la galería iluminada por la luna. Mira un momento adentro, como si buscase á alguien, y después, volviendo sobre sus pasos, entra en la sala. Elena, en tanto, abandonó su asiento y fué con pasos lentos, ahogados por el tapiz, hasta el mirador, desde donde parece contemplar la noche. Alvaro se detiene al verla. Ella parece ajena por completo á su presencia. Permanecen así unos instantes. Al fin Elena se vuelve como para alejarse y hace un gesto de sorpresa al verle; pero repuesta inmediatamente avanza hacia el comedor

Alv. (Reteniéndola.) Ten la bondad de escucharme un momento. (Ella le mira fijamente, tranquila. casi risueña, y espera á que prosiga. Hay una pausa durante la cual él denota cierta vacilación. Por fin, resueltamente, continúa.) Mi hermana se irá dentro de unos días á Madrid. Si tú quieres puedes irte con ella... bien á vivir allí, en nuestra casa, bien á pasar en la suya todo el tiempo que quieras. Creo que esto será lo mejor... te distraerás. (Hay un silencio breve.)

Elena (Con voz velada, algo trémula, queriendo ocultar su inquietud.) ¿Y tú?

Alv. Ya comprenderás que al proponerte esto, es porque yo no pienso quedarme aquí. Nece-

sito viajar algún tiempo. Es consejo del médico. Al irme, no quisiera dejarte aquí sola, en esta casa triste... partiría intranquilo.

Elena ¿Y no puedo yo acompañarte? En ese viaje has de necesitar de cuidados... Alguien que vele por tu salud.

Alv. No, partiré solo. Si necesitase de cuidados no saldría de aquí. Viajaré para cambiar de aires, de clima. Todo eso causa muchas molestias y no quiero exponerte á ellas.

Elena (Con voz glacial, ahogando la emoción que la embarga á pesar suyo.) Entonces... cierras las puertas de tu casa y te vas... y me despides, ¿no es cierto?

Alv. ¡Elena!

Elena (En el mismo tono.) ¿No es eso?

Alv. (Con expresión natural.) Eres la condesa de Anceis.

Elena (Con cierto sarcasmo, doloroso.) ¡Ah!

Alv. Eres la dueña de esta casa y de todo cuanto al título que llevas pertenece. Puedes quedarte aquí, si quieres. Yo no hago más que exponerte mi deseo.

Elena Sí, tu deseo. Y es... ¡oh, lo expones bien claro!... cerrar las puertas de esta casa como un viejo templo lleno de reliquias que se quieren librar de la profanación. Aquí quedarán las reliquias santas, las imágenes amadas, los recuerdos inolvidables, como en un templo sagrado, del cual debe arrojarse á los profanos, ¿no es cierto?

Alv. ¿Por qué hablas así? Tú misma... ¿no vives aquí como en una cárcel? ¿No te ahogas dentro de estos muros, como dentro de una prisión, respirando penosamente el aire de estas viejas estancias?

Elena ¿Me has oído decir eso alguna vez? ¿Me has oído quejarme?

Alv. Lo he adivinado mil veces en tu rostro... en tu gesto cansado... en tus reproches mudos. ¿Crees que Jorge no comprendió también tu desagrado? ¿Que no vió en tu actitud la más descortés despedida?

Elena (Como ahogada por una pena inexpresable, vacila un momento y luego se abraza á él convulsivamente, sofocando sus sollozos.) ¡Calla, oh, calla, Alvaro! Es por ti por quien yo sufro... por verte alejado siempre, siempre triste. Tú sufres y yo quiero compartir tus penas... ten confianza en mí... ¡Oh, qué alegre me parecería esta casa si tú estuvieras siempre conmigo! Pero yo sola, aquí... las horas pasan interminables... Me parece estar rodeada de fantasmas... tengo miedo, cuando no estás tú cerca... ¡Es por eso que me ves triste! (Calla un momento abrazada siempre á él como buscando un refugio en su pecho, donde oculta su frente.)

Alv. (Conmovido por la voz doliente que él ama. Mientras la estrecha á ella con súbita ternura tiene la vista fija en el retrato de Ana, á la que parece hablar y ver realmente viva, en su alucinación.) ¡Habla, habla!

Elena ¡Te quiero tanto! Llévame adonde vayas, si

necesitas viajar. Iremos á todas partes juntos... ¡qué felicidad!... á todas partes... ¡qué bello el mundo contigo!

Alv. (A una nueva pausa de ella.) ¡Habla, habla!

Elena Es mi sueño recorrerlo todo en tu compañía... vivir para tí... ¡Ah, parece que esta noche se abren horizontes nuevos en nuestra vida!...

Alv. (Como en sueños.) ¡Habla, habla siempre!... (Elena levanta la vista hacia él y ve su mirada fija con vehemencia en el retrato, absorta, fascinada.)

Elena (Con grito de dolor, desasiéndose.) ¡Ah, no!... ¡A ella, no!... ¡No la mires!... (Trata de interponerse entre él y la imagen. Alvaro la mira, como volviendo de su alucinación á la realidad penosa.) ¡Creías que era ella quien te hablaba!... ¡Ella, ella siempre entre nosotros, como un obstáculo!...

Alv. (Sacudido violentamente por estas palabras.) ¡Qué dices, qué dices!...

Elena ¡Era á ella, á quien escuchabas... á ella á quien suplicabas que hablase!... ¿Qué soy yo, pues, para tí?...

Alv. ¿Qué dices?...

Elena (Como arrepentida de su arrebato.) ¡Ah, pierdo la razón!... ¡Perdóname!... ¡Vámonos, vámonos, de esta casa, donde todo nos separa! (Al ver que él opone alguna resistencia á su aproximación.) No me apartes de tí... ¡Es á ella á quien debes olvidar!...

Alv. (Rechazandola sin brusquedad.) ¡Calla! Deliras...

Elena No, Alvaro, no deliro... ¡Ah, si tú supieras!...

Alv. No necesito, no quiero saber nada... ¿para qué?

Elena ¿Pero qué soy yo?... ¿qué soy para tí, entonces? ¿pero tú no comprendes tu crimen? ¿Es que yo no soy una criatura humana?... ¿no tengo sentimientos, deseos, corazón?... ¿Qué soy, qué soy?... ¿una muerta que habla?... ¿No soy para tí más que un eco... el eco de otra?... ¡Y de quién, y de quién!... (Mirando el retrato con mueca de asco.)

Alv. (Sorprendido por el tono despectivo de sus últimas palabras, con sorda irritación.) ¡Calla!... ¡Ni una palabra, ni un gesto que pueda ofenderla! (Después de una pausa, con voz cortante y seca.) Mañana mismo partiré de esta casa.

Elena (Aferrándose todavía á su esperanza, en un postrer esfuerzo desesperado.) No, Alvaro, no es posible... Vuelve en tí de tu locura... Si quieres irte, viajar, llévame contigo... sí, vámonos mañana mismo...

Alv. Partiré solo... ¿para qué hablar más? ¿para que fingir si ya has descubierto lo que no me hubiera atrevido á decirte nunca?... ¡Ah! ¿Crees que yo no estoy abatido por el remordimiento?... Sé que soy culpable, el único culpable... Te engañé y me engañé á mí mismo.. ¡Maldigo el azar que nos puso frente á frente!

Eléna (Con profundo dolor.) ¡Destruyes mi vida!

Alv. No nos queda otro medio que la separación... Yo quisiera darte la libertad comple-

ta, pero nuestras leyes no lo consienten... Viajaré solo y creo que no será por mucho tiempo... Tengo el presentimiento de que pronto quedarás libre completamente, y podrás construirte una vida nueva... (Calla, absorto en sus pensamientos.)

Elena (Irguiéndose á estas últimas frases. corre hacia él como herida por un presentimiento funesto.) ¡Ah, qué piensas hacer! Yo te amo, á pesar de todo, y me sacrificaría por tí... pero no puedo ser cómplice de los que te ofendieron y consentir que seas víctima de su engaño... (Viendo que él la mira atónito.) Ha llegado el momento de decir la verdad... ¡es necesario!

Alv. ¿Qué quieres decir? ¿Temes que me mate? No tenemos derecho á dar fin á nuestra propia vida. Ninguna vida podemos destruir. Sufrir, sufrir hasta que el fin llegue por sí mismo, hasta que el corazón no pueda más. ¡Esta es mi expiación!

Elena ¡Y la mía!... ¿Por qué he de expiar yo culpas que no cometí? ¡Mi corazón también se rompe!

Alv. Por eso yo no quiero ser un obstáculo á tu felicidad posible, á tu libertad... Y presiento que pronto voy á dejar de serlo. ¡Es demasiado! (Llevándose la mano al corazón con expresión de dolor,)

Elena ¡No, no, basta de sufrimientos! Yo te salvaré del dolor, aun á costa de un gran dolor... ¡Basta de mentira! Son nuestras vidas

las que reclaman la verdad... (Indicando al retrato de Ana.) Ella no es digna de tu culto... Olvídala... ¡Te engañó, te engañó!

Alv. (Mirándola fijamente, con una extrañeza que va paulatinamente convirtiéndose en una cólera sorda.) ¿Qué dices, qué dices?...

Elena ¡Ah, créeme, es horrible!... pero no es digna de tu sacrificio... Perdónala, olvídala... ya no existe...

Alv. (Con gesto de espanto.) ¡No, no, es mentira!... ¡Mientes, calumnias!...

Elena ¡Es la verdad!...

Alv. ¡Calumnia, la más odiosa, la más repugnante de las calumnias!... ¡Oh, cómo es posible que tú!...

Elena (Con exaltación creciente.) Es la verdad... ¡Ah!... No soy yo sola en conocerla... Magdalena halló unas cartas... cartas de ella y de su aman... (No termina la frase, sofocada su voz por la mano de Alvaro, que cae sobre su boca, como una zarpa.)

Alv. (Con voz ronca.) ¡Calla, calla, no mientas!... ¡Es tu odio el que habla!... ¡Ella fué pura, fiel, santa!...

Elena (Retrocede unos pasos, librándose de la opresión de su mano.) ¡Tanto la amas, que no vacilas en acusarme para defenderla!... (En voz más baja.) Hace un instante él mismo podría confesarte su culpa, su traición... Pero se ha marchado para siempre... ¡Oh, el amigo, el hermano!...

Alv. (Arrojándose sobre ella, extraviada la razón, sin conciencia de sus actos, la coge por los hombros y la sacude violentamente.) ¡Qué dices, qué dices!... ¡Quieres destruir mi sueño, mi sueño!... ¡Dí que mientes!

Elena ¡Es por salvarte, por salvarte!...

Alv. (Tapándola furiosamente la boca, extrangulándola sin darse cuenta de ello, en un deseo imperioso de hacer callar la voz acusadora.) ¡Calla, calla, calla!... (En medio de su desesperación, su acento es como un gemido, como un ruego.)

Elena ¡Por salvarte! ¡La verdad es la vida! (Debatiéndose angustiosamente bajo la opresión creciente que la asfixia.) ¡Suéltame!... ¡Alvaro!... ¡Me ahogas!...

Alv. (Sin oirla en su delirio.) ¡Calla, calla!...

Elena (Sin aliento casi.) ¡Me ahogas! ¡Me ahooo...! (Su voz se apaga.)

Alv. ¡Calla!... (La suelta y ella cae al suelo pesadamente. Alvaro la contempla un instante, sin noción de nada. Luego levanta la vista con lentitud hacia el retrato de Ana, en una atonía absoluta. Y en el silencio trágico se oyen dentro, confusamente, como un rumor las voces de los criados, que aparecen por la puerta del fondo. Se distingue á Magdalena ante ellos, y detrás á Pedro con un candelabro encendido. Todos se han detenido en el umbral, escuchado asustados.)

Mag. (Avanza unos pasos por el comedor cautelosamente, escrutando en las sombras. Angustiada, como presintiendo la desgracia.) ¡Alvaro!... ¡Elena!...

Alv. (Sacudido por este llamamiento, se tapa instintivamente los oídos con las manos y retrocede unos pasos, vacilante, con la voz y la razón extraviadas.) ¡Silencio! ¡Silencio! (En tono más alto.) ¡Las puertas! ¡Cerrad las puertas! (Cae el telón.)

FIN DEL DRAMA

Obras de Ramón Goy de Silva

TEATRO

La Reina Silencio, tragedia simbólica. (Agotada.)
El eco, drama íntimo.
La Corte del Cuervo blanco, fábula escénica en tres actos y un prólogo.
La Sirena muda, drama en tres actos y en prosa.

Sueños de noches lejanas, poemas en prosa. (Agotada.)

Otros poemas:

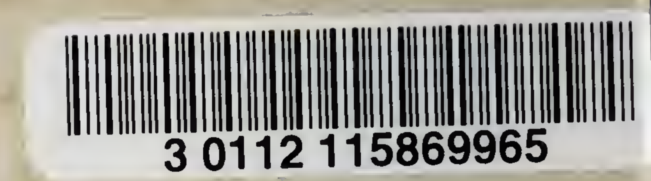
Judith, heroína de Israel, poema épico.
Belkis, reina de Saba, poema legendario.
Cleopatra, reina del país de las esfinges, poema trágico.
Salomé, princesa de Judea, poema místico.
Myriam, la de los Siete Pecados, poema de santidad.

POESIAS

Canto de muerte y esperanza. (Premiada por la Real Academia de la Poesía.)
Cuentos de Dinarzada. (Idem íd. íd.)

NOVELA

Cristo en los infiernos. (En preparación.)



Precio: DOS pesetas